



Fig. n.º 104.- Zabala de la Serna y Ayma, José (2022): *Ya nadie dice la verdad (Diálogos íntimos del toreo)*, prólogo de Antonio Lucas, El Paseillo, Córdoba, 198 págs.

Hace algo más de un año surgió en el panorama editorial andaluz un nuevo sello con nombre tan taurino como El Paseillo. Los promotores del proyecto, Fernando González Viñas y David González Romero, se han lanzado a una aventura que deseamos duradera y fructífera. Sus tres primeros libros conforman ya un cartel tan interesante como variado: *El Cordobés y el milagro pop*, del mismo González Viñas; *La música cantada del toreo*, de Eduardo Osborne

Bores, y el que ahora nos ocupa, *Ya nadie dice la verdad (Diálogos íntimos del toreo)*, que firman al alimón Zabala de la Serna y José Aymá. La variedad de firmas y su temática deja ver bien a las claras que el mundo del toreo, lejos de lo que algunos quieren hacernos ver, es poliédrico, rico y con unas posibilidades literarias y culturales que no se limitan a lo que ocurre en el ruedo.

La taurología es una feliz unión de la palabra, el pensamiento y el mundo del toro y una vertiente editorial que no conviene desechar. Interesa a los aficionados, porque sus miras no se limitan a cuánto dura la corrida, con ser esto fundamental, sino que quien lo es no se despoja de su condición el resto de su tiempo. Es, a la vez, un terreno propicio para la formación, la elaboración de juicios y una actitud vital que consiste en abrir bien los ojos ante la realidad, sin subterfugios, sin cancelaciones. Pero interesa igualmente a quienes libres de prejuicios quieran conocer el mundo que les rodea: la historia, la realidad social y hasta la propia lengua que se ha asentado a ambas orillas del Atlántico. Siempre ha existido un público lector que, aunque no aficionado –incluso discrepante con algún aspecto–, ha querido comprender por qué algo tan atávico pervive y se transforma y se niega a desaparecer. Es esto lo que exaspera a aquellos, que, viendo que no es posible convencer a todos, prefieren poner el dogal de la prohibición en el cuello de quienes no se someten ante las modas de lo que se denomina eufemísticamente, y cada vez con mayor carga irónica, lo políticamente correcto.

Así las cosas, el libro firmado por Zabala y Aymá es un haz de entrevistas y conversaciones que puede encandilar por igual al lector aficionado que desea conocer las reflexiones íntimas de quien pone su vida voluntariamente sobre el tablero de luz y sombra a las cinco de la tarde, según la tradición señala, como a quien desee disfrutar del mejor periodismo de nuestros días. Zabala de la Serna, digámoslo ya, escribe muy bien. Con

esto no solo me refiero a rasgos de estilo puramente formales –la claridad, precisión y el ornato se ajustan a la perfección en cuanto escribe–, sino a su capacidad para inquirir, de frente o de soslayo, y acercarse al meollo de las cuestiones sin violentar al entrevistado, sino abriéndole el camino para que este se encuentre en disposición de hacer aflorar sus pensamientos más íntimos. Igualmente, José Aymá participa en igualdad de condiciones y de cualidades con el escritor. Es más, él también *escribe* cada una de las entrevistas. Sus fotografías no ilustran el texto. Al menos en el sentido frecuente que se da a ello en los libros o publicaciones, esto es, el de «adornar un impreso con láminas o grabados alusivos al texto», tercera acepción del *Diccionario de la Lengua Española*; sino que, en puridad, habría que aplicar la primera de sus significaciones, la de «dar luz al entendimiento». Vemos en la imagen lo que hemos leído o, incluso, aventuramos lo que quizás los entrevistados no se han atrevido a verbalizar. Las fotografías de Aymá son una reivindicación de la fotografía como arte, técnica y estética aunadas, para proyectar tanto lo que la palabra fija como lo que la imagen descubre aun sin pretenderlo el que posa.

Si se ha llegado a escribir en numerosas ocasiones que la mejor literatura siempre ha tenido asiento en las páginas de diarios y revistas, este sería un buen ejemplo para demostrar aquella afirmación. Hasta la disposición textual en dos columnas nos acerca a ello. Nos permite revivir su origen (todas fueron publicadas en el diario *El Mundo*, de 2012 a 2022) y nos recuerda que la prensa no debería rehuir este tipo de textos. La información y la libertad, presupuestos de que hacen gala todos los periódicos que se precian, son razones más que suficientes para mantener estos espacios en los medios impresos y digitales. Cercenarlos es una falta de respeto a los periodistas, –los hay muy buenos–, pero también a los lectores de los que dependen. Ya sean estos amantes de este rito secular, ya sean seguidores que lleguen a

ellos por la firma, por deseo de conocimiento de un campo que les es ajeno o por mera curiosidad tras haber observado el titular que lo encabeza.

Ahora, al reunir todas estas entrevistas en forma de libro, no solo se produce una recopilación feliz. Hay un segundo efecto, imposible de apreciar de otro modo, la proyección de una en las otras. Se replican ciertos mensajes o se observan matices distintos y una misma profesión es examinada desde el distinto punto de vista que ofrece la atalaya de la vida en cada caso. Se vierten afirmaciones por sus protagonistas que, de otro modo, no serían posibles, porque quien ya disfruta del preciado descanso de la lucha no opina igual que quienes aún empuñan estoque. Así, no sería difícil encontrar entre los primeros de aquellos, si acudiéramos a la hemeroteca, versiones distantes de las que hoy confiesan. Hay también declaraciones que parecen salidas de la boca de un monje trapense o de un cartujo que hubiera roto su silencio por un instante: «Durante mucho tiempo estuve falto de silencios, así que aprovecho ahora. Para que la mente esté abierta necesito el silencio. Y acariciar la mente como se acaricia toreando. Es la manera de tener ideas buenas. Una mente retorcida acumula podredumbre», Romero *dixit*. Otras son confesiones que transmiten un íntimo sufrimiento que el tiempo no ha borrado: «Te juro que a veces le tenía más miedo a mi padre que al toro», afirma quien en la historia ha sido uno de los que más veces se ha vestido de luces. Pero el mazazo definitivo viene en la apostilla de otro: «Y yo al mío».

Zabala sabe tocar las teclas que abren resortes, cajones ocultos que, tal vez, esperaban, la mano precisa que los forzase a descubrir su misterio. Se oyen los silencios, se presienten tensiones, se da carrete cuando el entrevistado parece plantarse o no sabe cómo encontrar la palabra justa. Esa función de narrador que abre y cierra muchas de las entrevistas, o que describe el ambiente o que parafrasea la conversación es pieza clave de

muchas de las facetas que se aprecian. Las preguntas son siempre breves. No cae en ese vicio de tantos periodistas que hacen una pregunta interminable, luego la parafrasea y, finalmente, dan la respuesta a quien ya poco puede añadir porque el mismo entrevistado ha perdido el interés. Hay demandas como latigazos: “¿Y fuera de la plaza sonrías?” o “¿Cuándo se cayó en el error de mezclar política y toros?”. Y el monstruo que asoma: “¿Cree que estamos en la era de la extinción?”.

El editor ha tenido también el acierto de dar a la fotografía el espacio que merece. El gran formato de ellas permite que no se escape un detalle de las mismas: surcos, arrugas, sonrisas desvaídas, heridas, miradas ausentes u ojos que se clavan desafiantes en el lector. A veces, cargan la suerte, abren el compás e invaden la página siguiente, en parte o totalmente, a sangre. Todas hablan del personaje, dicen en blanco y negro, como la tinta de una pluma, lo que el fotografiado es. *El Viti* mira la luz tras el cristal. Romero, Pepe Luis y Ortega recuerdan las pinturas clásicas que evocan las edades del hombre, avisando, temiendo, esperando. Emilio Muñoz entre Ojeda y *Espartaco* como “El Pensador de Rodin” en los jardines de París. La media sonrisa triplicada de los Lozano, seguros, defendiéndose en grupo. El rostro curtido de un general romano que asoma en Camino, ganador de mil batallas. Las gafas torcidas de Teruel... Imposible no recordar al observarlas la anécdota atribuida a Inocencio X cuando contempló su retrato: *tropo vero*. Sí, demasiado real, demasiado verdadero o cierto; tanto que provoca una inminente sensación de inquietud en quien se detiene ante estos retratos. Aymá demuestra por qué la fotografía es arte, fusión de belleza y capacidad, que desvela al hombre la propia realidad que le rodea y que tantas veces ve sin mirar.

Estas veintitrés entrevistas (veinte individuales y tres colectivas), las dos primeras realizadas mano a mano con Antonio Lucas, autor del excelente prólogo que rompe plaza,

brillan por su fluidez, naturalidad y son el espejo de cada uno de los que en ella quedan retratados. Pero, del mismo modo, obligan al lector a replantearse ciertos presupuestos a ensayar en sí mismo doctrinas sobre las que antes quizás no había meditado lo suficiente y son, en cierta medida, pautas de formación personal, como todo libro que se precie. Por ello, exigen morosidad en la lectura. Cada palabra exige ser paladeada, disfrutada, analizada... Cada fotografía es una señal de stop, ninguna puede saltarse ni pasarse a la ligera. No son estampas para el reconocimiento, sino que ilustran, como decíamos el entendimiento del lector. Hay una intensa compenetración, pocas veces tan lograda, entre la mano y la máquina (la fotográfica, claro está). Por tanto, no estamos ante un texto puramente informativo, sino verdaderamente literario. Estas páginas no son un mero documento (que ya no sería poco), sino auténtica poesía en sentido original, es decir, obra creativa de palabras e imágenes. Ambas pugnan por quedar impresas en la mente del lector, que necesita poner freno a su voracidad para que el placer de la lectura, la fruición estética, no termine demasiado pronto.

Es, en definitiva, una de esas obras que necesitan de un lector plenamente activo, atento, avisado. Exactamente igual que ocurre en la corrida de toros, donde el aficionado se exige a sí mismo atención absoluta y capacidad de análisis si quiere disfrutar de ese conjunto único. Es también una lectura que nos "obliga" como lectores, en la que el punto final de cada entrevista es como un pase de pecho que nos permite tomar aire y recordar lo leído. Si, como apuntamos más arriba, cuando acabamos un buen libro al lector le queda un sabor de tristeza al llegar al final de lo que ha disfrutado, algo así pasa con cada una de las entrevistas. Sólo nos consuela pensar que la siguiente llenará ese vacío, que el sinsabor que deja lo concluido felizmente se repetirá en las páginas siguientes. El mismo miedo que atenaza a los aficionados después de una faena histórica.

Lo hubiera leído de una sentada, pero me obligué a hacerlo como un libro de poemas, dándole tiempo. Se enfatiza demasiado eso de decir que se ha leído algo de un tirón para señalar la importancia de un libro que absorbe en su lectura. No lo creo adecuado. Las grandes obras hay que tomarlas y dejarlas. Y este *Ya nadie dice la verdad* se disfruta paladeando, recordando, esperando. Valga un botón de muestra, de donde, con gran acierto, se toma el mismo título: «La armonía es paz. Al toro le gusta la armonía, que lo mimen. Y mimarlo es torearlo despacio y acariciarlo. Y en la vida igual. Viene uno a discutir y mi primera reacción es páralo, hablar, intentar encontrar el acuerdo razonando. Lo que le diga tiene que ser verdad. La verdad es muy difícil, y tiene tanta». Tal vez Séneca podría haber firmado estas palabras, pero salen de la boca de un filósofo de Camas, que sabe porque ha vivido y nunca pretendió engañar a nadie. Ofreció sencillamente su verdad.

Manuel Romero Luque
Fundación de Estudios Taurinos
Universidad de Sevilla

